

Luis Durand

## Evocando el tiempo en que leímos “María”



**JUNTO** con evocar la lectura de «María», el pensamiento se nos va por los caminos oscurecidos de la lejanía, del pretérito, en donde las imágenes y visiones de la infancia y de la adolescencia, se nos deshacen como una voluta de humo, sin poder fijarlas con precisión. Es imposible evocar el tiempo en que leímos ese doliente romance de amor, sin que volvamos a vivir unos minutos de ilusión en la casa que albergó nuestros primeros años, o las horas de juventud fecunda en anhelos y esperanzas.

¿Cuándo leímos «María»? ¿Fué en uno de esos días de la primavera austral, cuando en el jardín de la casa provinciana reventaban las primeras flores y el cielo comenzaba a tener una celeste transparencia? ¿Fué acaso en horas de la siesta veraniega, mientras en los árboles de la huerta los zorzales jubilosos se hartaban de jugos dulces, lanzando de rato en rato sus silbidos cristalinos? Quizá si fué en la hora vecina al crepúsculo, cuando el viento traía aromas agrestes y vilanos en los cua-

les aun no se marchitaba la flor azul de los cardos. Es probable también que haya sido en uno de esos días del duro invierno, junto al brasero oloroso a azúcar quemada y a hojas de cedrón, mientras afuera aullaba la tempestad y ladraban medrosos los perros de la vecindad.

Yo no podría precisarlo, pero al recordar la lectura de «*María*» es como si removiéramos un mundo de ensueño que no hubiera sido jamás realidad. Algo así como otra vida en la cual no supimos apreciar el mágico encanto que ella tuvo; un encanto de leyenda maravillosa a la cual no alcanzamos a comprender su significado ni a descubrir todas sus bellezas.

Quien esto escribe, vivió sus primeros años en un pueblo del sur, en donde la vida tenía un ritmo apacible y suave, propicio a las fantasías y a las divagaciones. El pueblo se animaba en las mañanas invernales con el grito de los lecheros y de los vendedores de verduras que cruzaban las calles barriosas, en cuyos baches solían pegarse las carretas que llegaban de los campos o las que iban desde el molino a la estación, con su carga de sacos de harina. Entonces los gritos de los peones remecían el ámbito con sus rudas palabrotas que atraían la curiosidad de los chiquillos vagos que jugaban al «*chupe*» en las esquinas o hacían asomar el rostro fiero y escandalizado de alguna vieja, que luego se entraba dando un portazo, temerosa de que la salpicara el barro de la calle y el de los insultos. Después todo quedaba sumergido, otra vez, en un hondo silen-

cio que sólo rompía el agudo pitazo de los trenes que entraban o salían tardíamente de la estación y por la voz trémula de las campanas que convidaban a rezar.

No había ninguna entretención que sacara a las gentes de aquel mortal aburrimiento, fuera de los diarios que llegaban de Concepción por el tren del mediodía. Las tardes se arrastraban monótonas y lentas hasta que llegaba el crepúsculo y con él el viento que traía desde el otro extremo del pueblo el grito de los guardias del presidio, que se oía como un extraño lamento: «¡Centinela, alerta!». Y luego en el mismo tono el «¡alerta está!» del compañero, cuya voz desvaída daba la sensación de una desesperada angustia. Por ese tiempo, solían llegar a ese presidio algunos reos que iban a cumplir allí su condena. No sé qué de amarga hostilidad, desapacible y cruel tenía el tintineo de aquellos hierros de sus cadenas, cuando daban sus pasos lentos, entorpecidos por la barra de grillos. Barbudos, con la mirada baja y sin luz, daban las gracias con voz ronca y esquiva a las gentes que a su paso salían a darles un pan o una moneda. Después entre el ¡Dios les tenga piedad! de labios compasivos, seguían pierniabiertos, haciendo sonar sus hierros lúgubres en la luz casi extinta de la tarde helada y húmeda, que olía a barro y a soledad... El viento a esa hora gemía entre las puertas y ventanas. Unos hombres que siempre andaban chorreando el agua de la lluvia de sus mantas lustrosas, encendían dificultosamente las lámparas a parafina. En ese momento el agudo ¡tararííí... tararááá!... de una

corneta anunciaba la hora de silencio allá en el regimiento. Y después, cuando la noche apretaba las sombras, el pueblo se mecía con sus casas de madera, acunado en el viento, o reciamente arrullado por la lluvia torrencial.

Recuerdo que mi madre, cuando las noches no eran del todo inclementes, se aventuraba, llevándome fuertemente cogido de la mano por las calles oscuras, en las que sus zuecos solían quedarse pegados en los charcos, para ir de visita a una casa amiga, en donde las gentes eran muy adictas a la lectura. Allí oí por primera vez los folletines de Emilio Richebourg, de Xavier de Montepin y las aventuras de Arsenio Lupin y de Rocambole. Eran unas ediciones de la editorial Maucci, si no me equivoco, en cuya portada había una lámina alusiva a algún pasaje de la novela. Muchas veces la voz de la señorita Amelia se detenía con la voz quebrada por la emoción, cuando se trataba de algo muy triste. Mi madre para disimular, tosía o atizaba las brasas, mientras doña María, una viejecita de semblante fino y noble, decía con voz muy suave: «Se suspende la lectura para tomar el té...»

Había otros libros llenos de láminas, que todos nos acercábamos ansiosamente a contemplar, cuando la lectura se refería a ellas. Casi siempre representaban escenas trágicas, con leyendas como las que siguen, o parecidas: «Entonces el marqués alzando la cortina le gritó, con la voz temblorosa de cólera: ¡Adúltera!».



O bien: «El vizconde lanzó una horrible carcajada: ¡Estaba loco!».

Fué en esta forma y en este ambiente donde aprendí a encariñarme con los libros, amables y efusivos amigos que ayudan a hacer menos dura la soledad del espíritu. En ese pequeño pueblo del cual he hablado en esta crónica, el campo estaba tan próximo que desde la casa uno podía ver como crecían los trigales que cubrían los lomajes, hasta que los soles del estío llegaban a dotarlos. Cuando la primavera se anunciaba en los primeros brotes, solían cruzar las calles grandes rebaños de ganado vacuno, que iban a pastar a las montañas en donde había quilantares tiernos y esteros de aguas cristalinas. En esos días sólo se oía el mugir de los grandes toros y el pataleo de los novillos que solían caer empujados y arrollados por el océano de carne sudorosa y bramadora. Quedaba después en el aire un olor a estiércol, a cueros húmedos y a campo robusto. Quedaba además flotando el grito recio de los vaqueros, el zumbir de los látigos, con todo su tumulto montaraz y su latir de perros nerviosos y bravucones que tarasconeaban incansables a las bestias.

Corrían los días y entonces el viento, siempre travieso e incansable, levantaba nubes de polvo que cegaban a los viajeros y a los escasos transeúntes. Pero entretanto en las huertas comenzaban a verdecer las habas con sus flores blanquinegras; las arvejas de finas y delicadas guías en donde temblaban florecillas moradas o ligeramente pintadas de rosa. Llovía a ratos y después

salía el sol. De la tierra brotaba un aroma cálido y fuerte, que era como un vaho de helada tristeza, cuando hasta el campanario de la iglesia se había sumergido en las sombras. Piaban los polluelos bajo los corredores y entre las plantas del jardín. Y entonces, mientras desde la plaza llegaban los sonos quejumbrosos de la banda que tocaba la retreta, el viento comenzaba a plañir entre las puertas y ventanas, llenando el corazón de un sentimiento difícil de expresar, pero que hacía pensar en cosas lejanas y hermosas.

Y es que el campo estaba ¡tan cerca! Casi se confundía con el pueblo, en donde había sitios eriazos en los cuales crecía el manzanillón, la menta y el poleo. La cicuta cuya caña era muy usada por los muchachos para hacer pitos, crecía allí con una frondosidad desmesurada, hasta ahogar a veces a algún manzano silvestre, cuyos frutos ácidos como el «culli» íbamos a buscar furtivamente en los días de holganza. Llegaba noviembre y todo el pueblo olía a flores de acacio. En la iglesia comenzaba el mes de María, y los mocitos iban a mirar las chiquillas, que con la faz recogida, llegaban con un ramo de flores junto al pecho. Después del bordoneo lento y monótono de las oraciones, el templo se animaba, con el canto coreado por los fieles que gangoseando alargaban las sílabas:

...Saaanta Maríaaaa...  
oora pro nooobis...

Hacia el final de la ceremonia, la iglesia cobraba súbita animación. Unas señoritas alegres y vivarachas, lanzaban con inusitado entusiasmo el «Venid y vamos todos con flores a María, con flores a porfía»... De todos los rincones salían las muchachas a depositar junto al altar su ramo de flores. Afuera, como siempre nos esperaba el viento. Era el mismo viento que después de fatigarse a través de selvas y montañas, de ríos y hondonadas, llegaba a jugar con los vestidos de las chiquillas y con el manto de las señoras que rezongaban por lo bajo una protesta. Era la hora en que el pueblo se arrebozaba en su capa de sombras melancólicas; la hora en que el pitazo del último tren hería la oquedad medrosa de los cerros lejanos y cuando en el Regimiento el [tararii... tararaaal... de una corneta perforaba la noche como un largo escalofrío...

## II

Tal vez podrá parecer larga y exagerada la descripción que he tratado hacer de mi pueblo, pero lo he hecho intencionadamente, pensando en cuantos habrán sido los miles de lectores de «María» que esparcidos por todos los rincones de América la habrán leído en ambientes y climas parecidos al que acabo de evocar. «María» es el producto de un espíritu joven, saturado del más puro romanticismo. A través de sus páginas el amor humano, y la admiración hacia la naturaleza, tienen todo el ensueño de la juventud. Todo

en ella está envuelto en un soplo de melancolía, de pesadumbre irremediable, que es la característica que singulariza a la época en que fué escrita.

Hay en cada uno de sus capítulos, una elegía. Una dolida angustia, cuajada de oscuros presentimientos, se advierte en cada página. En el ambiente bucólico del valle del Cauca, la alegría no estalla jamás con ímpetu robusto en ninguno de los acontecimientos que allí ocurren. El paisaje está descrito con una vaguedad poética que nunca muestra ni destaca lugares, sino que toca levemente la imaginación, como si todo fuera un sueño cuyas visiones no entran por los ojos, sino por la sensibilidad, que las palabras van hiriendo con la suavidad de esos perfumes, que hacen sentir nostalgia de un momento feliz.

Pero en las páginas de «María» está la tierra americana, con sus selvas rumorosas, con sus ríos inmensos, con sus quebradas y precipicios inaccesibles. Allí están los pájaros de América, con su color, con su bullicio y su júbilo; las flores de perfumes intensos, los cielos y los horizontes de fabuloso colorido. Están también las costumbres llenas de un raro y novedoso encanto, y además la expresiva originalidad del lenguaje que se enriquece en estas tierras con hermosos vocablos que comunican un delicioso, aunque rudo sabor, al relato.

Yo no sé si antes de «María», publicada en 1862, hay ya otra novela en América, que pinte con tanta propiedad, y tan feliz acierto, lo típico de nuestra



existencia, y la gracia del hablar de los campesinos; con sus modismos y sus giros nativos. Curioso fenómeno el de Isaacs, que ya a los 25 años haya sabido justipreciar para incluirlos en su obra, todos los detalles más importantes de la realidad americana. ¿Qué le pudo ocurrir a este hombre, cuyo talento de primer orden, debió dar a las letras de América, muchos y más sazonados frutos que los de esta obra de juventud—ampliamente lograda como realización en su género—para no seguir en este camino en donde los triunfos pudieron ser fáciles de conquistar?

¿Es acaso únicamente el valor sentimental de esta novela, el que ha hecho derramar sobre sus páginas las lágrimas de toda la juventud de América? Me parece que es posible afirmar sin temor a equivocarse, que el mayor atractivo que ella suscitó fué el de encontrar allí reflejado mucho de lo que nos es común, en las costumbres, en los paisajes y en el alma misma de los seres y cosas que se animan dentro del relato.

América vive aún en contacto directo con la naturaleza. De allí debe arrancar, todavía, lo más hermoso en creaciones literarias; de la naturaleza debe extraerse la esencia más pura de nuestras creaciones artísticas, para así darles carácter y semblante propios. Y en «María» lo que da relieve inolvidable a los personajes principales, es el paisaje maravilloso que los rodea. Los paseos del joven Efraín cuando sale a vagar por los hermosos rincones de la heredad paterna, que dejara para ir a estudiar a Bogotá, dan ocasión al

autor para describir el valle del Cauca. Lo hace siempre, como ya lo hemos anotado, en forma vaga e imprecisa, pero siempre realzada por un halo de poesía. En esas ocasiones va donde sus amigos de la montaña, a la casa de José y Lucía, en donde también viven su romance dichoso, Braulio y Tránsito. Los guisos sabrosos con que festejan al joven, los paseos de égloga que realiza con estos amigos sencillos y bondadosos, se quedan para siempre en el espíritu del lector. Efraín siempre anda acompañado por su perro «Mayo» que ya está viejo y gruñón, y no es ya el can ágil y alegre que dejara cuando se marchó a la capital.

Una mañana muy de madrugada, Efraín se va con su padre a ver los ganados que tienen en una hacienda de la Sierra. Con él, va el negrito Juan Angel, que es su sirviente favorito. Y una noche, allá en la casa de la hacienda lejana, a donde le sigue el recuerdo de María, Efraín, evocando su infancia, le cuenta al lector, la leyenda de Nay, la madre de Juan Angel. Nay era princesa allá en su ardiente tierra de Africa. Su padre dominaba sobre un país maravilloso en donde no se conocía el dolor ni la esclavitud. Tenía un ejército de bravos e indomables guerreros con los cuales mantenía a raya a los pueblos vecinos que se atrevían a disputarle su dominio. Un día, en un combate, cae prisionero Sinar, bello y arrogante guerrero del cual se enamora Nay. Como se trataba de un hombre de raza noble, el rey, su padre, la permite casarse con él. Como en todas las leyendas azules, Nay vive feliz al lado

del hombre a quien ama, y con el cual reinará sobre su pueblo cuando muera el rey. Mas un día toda la felicidad termina. Llegan, unos hombres blancos, crueles y audaces, que después de vencerlos, los amarran como a las bestias, y los encierran en el fondo pútrido de las bodegas de un barco. A Sinar lo han separado de su Nay. Se lo llevan en otro buque negrero, quien sabe a qué parte del mundo.

Ahora Nay se llama Felicianana, y es una de las esclavas de la hacienda del padre de Efraín. Juan Angel es el hijo que le quedara de Sinar y del cual no la pudieron separar, porque lo llevaba en su entraña. La noche en que el joven, acompañado por el recuerdo de María recuerda aquella leyenda, Nay está enferma. Afiibrada, sueña y delira con los paisajes, con los ríos y con las grandezas de su país de encantamiento. Efraín sabe que esa noche ha de morir, y recordando todos aquellos relatos con que la esclava arrulló los sueños de su infancia, siente una aguda congoja. Afuera de la casa, entre los montes, también gime el viento. se oye el rumor del río y el grito de los pájaros nocturnos. Muy alto, en el suave terciopelo del cielo de América, resplandecen las estrellas. Nay, consumida por la fiebre, sigue delirando. En medio de su doloroso sopor, pronuncia palabras entrecortadas, en ese lenguaje extraño, que un día cuando era princesa, le sirvió para expresar su amor...

Toda esta novela está saturada de tristeza y de aciagos augurios. María es la imagen de una mujer

casi irreal. Sobre ella pesa una terrible tara. Es epiléptica; el mismo mal que se llevó a su madre. Empero, el médico que la visita, anuncia un día que si su vida es feliz y alegre, ese mal tenderá a desaparecer, hasta terminar en ella por completo.

Pero ya sabemos que eso no ocurrirá. El lector lo presiente en las conversaciones de los jóvenes, cuando se transmiten sus cuitas y sus anhelos de amor, durante las veladas familiares. En sus paseos por el campo, la hebra gris de un presentimiento, obscurece sus más bellos proyectos. Un día van a la iglesia cercana, acompañando a Braulio y a Tránsito que se van a casar. Es un paseo lleno de pintorescos accidentes, que revelan el hondo sentimiento poético que se albergó en el alma de Isaacs. La luminosidad del día, los detalles del paisaje, la alegría rústica y sencilla de las gentes que caminan gozosos a la ceremonia nupcial, se enredan con las palabras de ternura. Pero, ¡ay! cuando vuelven a la casa, Emma, la hermana de Efraín, le cuenta que, al ir a cerrar la ventana del cuarto de éste, un pájaro agorero ha levantado desde allí su vuelo, lanzando su fatídico graznido.

María está muerta para el lector, en cada página que lee. Pero aparte de ese exagerado dolor que empapa el relato, en Isaacs cobran quizá si por primera vez en la literatura del continente, valor de vida e interés, las costumbres, escenas y paisajes nativos. Es por eso que en cada rincón americano, donde hubo un adolescente que tuvo en sus manos ese libro, lo sintió como



suyo, como algo muy próximo a su propia vida. Con ligeras variaciones fué viendo reproducirse en él, lo que le circundaba. Además esta novela, ahora, al hojear rápidamente sus páginas hace el milagro de evocar esos lejanos días, cuando soñamos confiados en que la felicidad no se haría de rogar, para acudir a la cita de nuestras ilusiones. No sabíamos que somos ciegos para verla y para aprisionarla. Porque cuando estamos muy próximos a ella, como en el caso de Efraín, tenemos que partir sin saber a donde.

María y Efraín, los seres que jamás se han de reunir, en la cita de la verdadera comprensión, siguen siendo el caso más frecuente en el amor humano. Claro que esto es tan viejo como el mundo, pero en este libro sirvió de motivo para poner de relieve, todo el carácter y la belleza propia de nuestra América.